

Dan Rhodes

Oro

Traducción
Patricia Antón



ALFAGUARA

Lunes

El señor Hughes el Alto, el señor Hughes el Bajo y el señor Puw estaban de pie en la barra del Anchor.

—¿Saben qué estaríamos haciendo ahora mismo si fuéramos caimanes? — preguntó el señor Hughes el Alto, que apenas había hablado de otra cosa que de caimanes durante tres noches consecutivas. Había sido caimanes esto y caimanes lo de más allá.

—No —farfulló el señor Puw mirando, pero sin ver, una hilera de jaeces de latón en el otro extremo del local.

El señor Hughes el Bajo miraba en dirección a las tazas de peltre que colgaban de una de las vigas detrás de la barra. No dijo nada, pero torció hacia abajo las comisuras de la boca y negó con la cabeza.

El señor Hughes el Alto se irguió todo lo que pudo, permitiendo incluso que los talones se le separaran un poco del suelo. A pesar de su nombre, él no era particularmente alto, sólo un poquito más alto que el señor Hughes el Bajo, el cual no era particularmente bajo. Cada uno estaba tan sólo unos centímetros por encima o debajo de lo normal, y era el señor Puw, con su pipa y su gran barba negra, el más bajo de los tres con cierta diferencia.

Decidiendo que ya había mantenido suficiente rato el suspense, el señor Hughes el Alto reveló por fin su último dato con respecto a los caimanes:

—Estaríamos... —dijo—, hibernando. —Oh —repuso el señor Puw, con la mirada enfocando al fin los jaeces. Le parecieron especialmente relucientes y se preguntó sin mucho entusiasmo si los habrían pulido desde la última vez que les había prestado atención. No tenía ni idea de cuándo habría hecho eso.

El señor Hughes el Bajo siguió mirando con fijeza hacia las tazas de peltre. Torció de nuevo las comisuras de la boca hacia abajo y negó con la cabeza, mesándose el hirsuto bigote gris con los dedos de la mano izquierda.

—Verán, es que estamos en invierno —aclaró el señor Hughes el Alto, llenando la estancia con su sonora voz de barítono—, y en invierno hibernan... —clavó la mirada en su bebida unos instantes y cuando volvió a hablar lo hizo en tono más bajo—, eso hacen los caimanes —bajó los talones y tendió una mano hacia su vaso.

El silencio que siguió se vio interrumpido por el chasquido del termostato de la cámara de las botellas, que la hizo volver a la vida entre traqueteos y ronroneos. Hacía mucho más ruido del que debería.

—A esa cámara le hace falta que le echen un vistazo —comentó el señor Hughes el Bajo.

El señor Hughes el Alto y el señor Puw asintieron con las cabezas, pero no dieron paso alguno para alejar la conversación de los caimanes y llevarla hacia el mantenimiento de cámaras.

Esas veladas se hacían largas. A veces el señor Hughes el Alto declaraba lo obvio, contándoles que los caimanes son carnívoros, al menos a efectos prácticos, o que pese a ser cocodrilidos no eran en realidad cocodrilos. Otras veces aclaraba cuestiones poco definidas, como si ponían huevos o no.

El señor Hughes el Bajo y el señor Puw estaban bastante seguros de que en efecto los caimanes ponían huevos, pero ninguno de los dos habría apostado dinero a que era así, sobre todo porque no eran jugadores pero también porque no les preocupaba particularmente que lo hicieran o no. Ya estaban hartos del tema. Sus ojos vidriosos delataban que

era así, pero el señor Hughes el Alto no parecía darse cuenta. Recobrando poco a poco la consciencia, continuó donde lo había dejado.

—Y al llegar la primavera —dijo sobre el errático repiquetear de la nevera—, empezaríamos a sentirnos... —hizo una pausa antes de la gran revelación y se irguió todo lo que pudo mirando alrededor para asegurarse de que no lo oyera ninguna mujer. Ellos tres seguían siendo los únicos clientes y la camarera tenía la noche libre, lo que dejaba al dueño solo a la hora de servir las copas, pero de todas formas el señor Hughes el Alto se inclinó hacia los otros y prosiguió con tono confidencial—, empezaríamos a sentirnos retozones. Prestaríamos especial atención a las damas caimán, si entienden a qué me refiero. Eso es lo que les ocurre en primavera a nuestros plantígrados colegas.

El señor Puw y el señor Hughes el Bajo no dijeron nada, pero ambos asintieron levemente con la cabeza.

—Supongo que se estarán preguntando qué significa «plantígrado», ¿no?

Ninguno de los dos se estaba preguntando nada semejante. Tan sólo intentaban, sin demasiado éxito, no imaginarse caimanes haciendo el amor apasionadamente. Ambos se conformaron con que continuara, sin embargo, pues era lunes y pasaba un cuarto de hora de las ocho, y el concurso de preguntas empezaría a las ocho y media, así que tendría que dejar de hablar sobre caimanes al cabo de poco. Volvieron a sus pintas de cerveza amarga mientras oían la definición no solicitada de «plantígrado» como quien oye llover.

—Son iguales que nosotros, en realidad —concluyó el señor Hughes el Alto.

—Oh, sí —farfulló el señor Puw—. Las similitudes son infinitas —su mirada se apartó al fin de los jaeces, y levantó la pipa e hizo un saludo con la cabeza a Barry el Séptico y los Hijos de Relaciones Anteriores cuando entraron por la puerta del fondo del pub, trayendo consigo una fría ráfaga del aire de fuera.

—¿Listos para que os humillen? — exclamó Barry el Séptico saludando a su vez con la cabeza.

—No, pero espero que vosotros sí lo estéis —respondió el señor Puw—. Esta noche vamos a haceros picadillo.

Tenemos un arma secreta.

—¿Oh, sí? Y ¿de qué se trata..., de tu barba?

—No, no se trata de mi barba —el señor Puw estaba muy orgulloso de su gran barba negra. También se sentía orgulloso de su gran panza redonda, pura cerveza amarga Brains según decía, y de no fumar otra cosa que tabaco de pipa en la era de los cigarrillos—. Se trata de algo completamente distinto.

—¿Como qué?

—Eso supondría contártelo, ¿no?

Barry el Séptico sabía, como todo el mundo, que no tenían ninguna clase de arma secreta.

Los Hijos de Relaciones Anteriores colgaron sus abrigos y se sentaron en su mesa habitual, en el lado del bar del pub, mientras Barry el Séptico conseguía la primera ronda del señor Edwards, el dueño, que había emergido de su santuario detrás de la puerta en que se leía PRIVADO y empezado a servir cuatro pintas de Brains sin que tuvieran que pedírselas.

El Anchor tenía dos puertas de entrada de cristal, una grabada con las palabras SALÓN DE TÉ y otra con la palabra BAR, pero los tiempos de precios distintos y servicio diferente habían pasado hacía mucho, y la pared divisoria se había quitado en los años setenta. Ahora era simplemente el mismo pub de un lado y del otro, pero la gente seguía refiriéndose a cada zona con su antiguo nombre, y el señor Hughes el Bajo, el señor Hughes el Alto y el señor Puw siempre entraban por la puerta del SALÓN DE TÉ y se quedaban en ese lado del pub, y Barry el Séptico y los Hijos de Relaciones Anteriores siempre entraban por la puerta del BAR y se quedaban en ese lado del pub.

En invierno era frecuente que estuvieran tan sólo ellos siete, además de quien estuviese detrás de la barra, y en las rarísimas ocasiones en que Barry el Séptico y los Hijos de Relaciones Anteriores se pasaban la velada entera jugando al billar americano en el pub del otro lado del puerto, sólo estaban el señor Hughes el Alto, el señor Hughes el Bajo y el señor Puw. En verano, sin embargo, el pueblo se llenaba de veraneantes, y el Anchor estaba atestado. Gran parte del tiempo se hacía difícil encontrar un sitio en el que sentarse o estar de pie, y aunque Barry el Séptico y los Hijos de Relaciones Anteriores nunca se perdían una noche de copas, los tres hombres se sentían inclinados a pasar el tiempo libre ocupándose de sus huertos de verduras o de labores pendientes en casa. Como estaban casados, se sabía del señor Hughes el Bajo y del señor Puw que incluso pasaban veladas con sus esposas. Los lunes aparecían para la noche de concurso pasara lo que pasase, llegando temprano para asegurarse una mesa, pero la mayoría de noches se dedicaban a matar el tiempo en casa, ansiando calladamente el fin de la temporada, tras el cual el Anchor volvería a ser suyo. Una vez lo habían recuperado, era rara

la ocasión en que no se les veía a los tres de pie en la barra durante buena parte de la velada.

Tenían los vasos casi vacíos.

—Es su oronda... digo... su ronda, señor Puw —dijo el señor Hughes el Bajo.

El señor Puw se dio unas palmaditas en la tripa y dijo:

—Es posible que haya engordado un poquito con los años, pero no hace falta tocar temas personales.

Habían mantenido ese mismo intercambio, palabra por palabra, durante años, pero sonrieron mientras el señor Puw daba el último sorbo y dejaba el vaso vacío sobre la barra. Todos observaron al señor Edwards darle el cambio a Barry el Séptico y acercarse a su zona del pub, donde sirvió tres pintas de Brains sin que tuvieran que pedírselo.

El señor Edwards dejó el cambio del billete de diez libras del señor Puw sobre la barra mientras los tres hombres bebían de sus nuevas pintas y se enjugaban la espuma de los labios con las mangas. La cámara había detenido su ronroneo y se hizo el silencio entre ellos. El señor Hughes el Alto decidió llenarlo.

—De hecho —dijo—, si uno mira con atención, algo que siempre advierte con respecto a los caimanes es que...

Se vio interrumpido al abrirse la puerta del salón de té. No se abrió gran cosa, sólo lo suficiente para que entrara Miyuki Woodward. Todos se volvieron a mirarla, y el bar se sumió en el estupor al caer todos en la cuenta de que ya era esa época del año otra vez.

La calma no duró mucho.

—¿Has vuelto de entre los muertos? —exclamó Barry el Séptico desde su asiento en el otro extremo del pub.

—He vuelto a por ti —repuso ella.

—Es como la peste, que siempre vuelve —comentó el señor Hughes el Alto, que no parecía demasiado molesto por que lo hubiesen interrumpido.

—Exacto —dijo la chica—. No pueden librarse de mí.

—Es un honor volver a verte — anunció el señor Hughes el Bajo, como Miyuki supo que haría.

—Es un honor verle a usted también —repuso ella con un suspiro.

—Bienvenida de nuevo, Muslotes — dijo el señor Puw sonriendo con calidez a través de la gran barba negra al percatarse de que quizá tendrían un arma secreta después de todo—. Te hemos echado tremendamente de menos, ¿sabes?

—Me alegra oírlo.

El señor Edwards sonrió al reconocerla, negó con la cabeza y soltó:

—Recórcholis.

Miyuki le devolvió la sonrisa.

—Lo de siempre, por favor —se trataba de una prueba, porque habían transcurrido once meses y medio.

—Recórcholis —repitió el dueño, riendo por lo bajo mientras tendía la mano hacia un vaso y lo llenaba de Brains.

Le dejó la pinta delante, y Miyuki le dio un billete de cinco libras. Cogió el cambio, le dio las gracias, observó las monedas y calculó que la pinta había subido cinco peniques, ni más ni menos de lo que habría esperado. Cogió el vaso con ambas manos y bebió un dedo de cerveza.

—Nos vemos luego —les dijo al señor Hughes el Alto, al señor Hughes el Bajo y al señor Puw.

—Oh, sí, nos verás luego, Muslotes —repuso el señor Puw—. No te preocupes.

Miyuki se quitó el abrigo, lo dejó doblado sobre un taburete y se sentó en la pequeña mesa redonda de un rincón del local, bajo el lucio disecado en su vitrina de cristal. Se bebió casi la mitad de la pinta de una sola vez y miró alrededor suyo. Era como si las anteriores cincuenta semanas no hubiesen existido. La gente era la misma que cuando estuvo allí la última vez y el pub no había cambiado en absoluto. Barry el Séptico seguía teniendo el cabello corto en la coronilla y largo por detrás, en la chimenea del salón de té ardían carbón y leña, y aunque las fechas caían en días distintos de la semana, la página de enero del calendario de la fábrica de cerveza estaba decorada con la misma acuarela del caballo de tiro que el año anterior.

Al tiempo que se sentía parte de la escena, cayó en la cuenta de que tampoco ella había cambiado gran cosa. Estaba bebiendo lo que siempre bebía y sentada donde solía sentarse, al final del banco que recorría la pared desde el rincón del fondo hasta la chimenea. Llevaba el mismo jersey marrón y las mismas botas que se ponía casi siempre para ir al pub el año anterior, y aunque los tejanos eran en teoría distintos, procedían de la misma tienda, tenían el mismo tono exacto de azul y las mismas salpicaduras multicolores de pintura. Su cabello lucía el mismo peinado corto de hacía años y se lo apartaba de la cara una cinta negra que no recordaba haber comprado en los meses transcurridos, y aunque siempre estaba haciéndose el propósito de enmendarse, seguía teniendo las uñas en carne viva de tanto mordérselas.

En ese preciso momento un espantoso chirrido de realimentación los hizo esbozar a todos una mueca. Habían enchufado el equipo, y el señor Hughes el Alto, el señor Hughes el Bajo y el señor Puw ocuparon sus asientos habituales de las noches de concurso en el extremo opuesto del banco de Miyuki, en torno a la mesa junto al fuego.

Miyuki dejó ante sí el libro sin abrir. Sabía por experiencia que no podría concentrarse, pero no le importó porque había leído la mayor parte en el tren y el autobús, y sólo le quedaban unas páginas para acabarlo. Además, estaba segura de saber quién era el asesino.

El presentador del concurso, un técnico de telefonía jubilado a quien se le pagaba en pintas de cerveza y bolsas de cortezas de cerdo, había aparecido sin un minuto que perder. Tras encender el amplificador y repartir a toda prisa papel y bolígrafo a los concursantes, empezó a hablar por el distorsionado micrófono. Ofreció un breve resumen de las reglas y la estructura del concurso y empezó con la primera ronda de preguntas.

Con su áspero pelo rojizo cortado a cepillo, su gastado cárdigan beige y una voz implacablemente monótona, no tenía nada de presentador de programa concurso, pero de todas formas le parecía que su papel de maestro de ceremonias exigía que inyectara un poco de dinamismo en su actuación, por lo que decidió acabar cada pregunta con el sonido «ah».

«¿Cuántas yardas hay en un estadio?» se convirtió en «¿Cuántas yardas hay en un estadio..., ah?». Asimismo, «¿Qué significan las siglas relacionadas con el mundo de la construcción JCB?» se planteó como «¿Qué significan las siglas relacionadas con el mundo de la construcción JCB..., ah?». Con las preguntas tan cerca de la cara que casi le to-

caban los globos oculares y su expresión oral sugiriendo que incluso tenía dificultades para leer su propia letra, preguntó a los concursantes: «¿Cómo se llamaba el primer perro lanzado al espacio..., ah?» o «¿Cuál fue el último de los desafortunados jóvenes al que mató cruelmente en Londres el asesino en serie Dennis Nielsen..., ah?».

El señor Hughes el Alto, el señor Hughes el Bajo y el señor Puw se apiñaban en torno a su mesa en la zona del salón de té del pub, y Barry el Séptico y los Hijos de Relaciones Anteriores se apiñaban en una nube de humo alrededor de su mesa en la zona del bar. Para consternación de ambos equipos, cuatro excursionistas de Usk que se alojaban en las habitaciones del piso de arriba habían decidido apuntarse en el último momento. Se hacían llamar Los Cuatro Excursionistas de Usk e hicieron gala de un entusiasmo inquietante al sentarse a la mesa situada entre la diana y la máquina de tabaco.

Miyuki iba jugando mentalmente, sabiendo unas respuestas pero otras no, y no fue hasta la segunda pregunta de la cuarta ronda que el señor Hughes el Alto, el señor Hughes el Bajo y el señor Puw se acordaron de que estaba ahí. Se volvieron a mirarla todos a la vez. La pregunta era: «¿Cuál es el nuevo nombre del país que antes se llamaba Birmania..., ah?».

Miyuki fingió que no la estaban mirando, pero supo que sí lo hacían. En esta ocasión fue el señor Hughes el Bajo quien se dirigió a ella. Todavía sentado, se fue acercando centímetro a centímetro por el banco con la pinta de cerveza en la mano, sonriendo de una forma que no le pegaba, y antes de que pudiese decir palabra ella susurró con dramatismo:

—Myanmar —se lo deletreó en voz baja.

Para asegurarse de haberlo entendido bien, él deletreó a su vez *Myanmar*, y cuando Miyuki asintió, le guiñó un ojo y musitó:

—Muy amable de tu parte —y se deslizó de vuelta por el banco. Transmitió la información a sus compañeros de equipo, y el señor Hughes el Alto escribió la respuesta en la hoja.

Algo muy parecido había ocurrido la primera noche de Miyuki en el pueblo, ocho años antes. Había estado sentada tranquilamente, sola bajo el lucio disecado y tratando de leer su libro mientras la velada del concurso de preguntas se desarrollaba alrededor, cuando sintió una presencia a su lado. En aquella ocasión había sido el señor Puw, con su enorme panza y su gran barba negra, quien se había deslizado por el banco.

—Nos estábamos preguntando... —le dijo con lentitud y deliberación, asintiendo con la cabeza ladeada y señalando con la pipa a sus compañeros de equipo—, todos nosotros..., si sabrías por casualidad la respuesta a la última pregunta.

Miyuki respondió:

—Cuatrocientos cuarenta y tres kilómetros por hora.

—¿Estás segura?

—Absolutamente.

—Pero eso es mucha velocidad.

—No tiene por qué creerme si no quiere —repuso ella sonriendo—. Usted mismo.

—Pero ¿estás del todo segura?

Miyuki le dirigió una mirada significativa.

—Por supuesto que estás segura. Qué pregunta tan tonta.

Una amiga de la señora Puw se ocupaba de acondicionar la casita que había alquilado Miyuki, y le había contado a la esposa de Puw que esperaban la llegada de alguien con un nombre que sonaba a japonés, de forma que ambas consideraron dicha información digna de mencionarse. Las noticias se le habían transmitido a un señor Puw que escuchaba a medias en la mesa de desayuno aquella mañana y él había deducido correctamente que la persona sentada en el otro extremo del largo banco era aquella de la que le había hablado su mujer.

—Eso es ir rápido, ¿no? —comentó—. Gracias, Muslotes —se deslizó de vuelta a su mesa, negando con la cabeza ante la idea de que algo tan largo y pesado viajara a tanta velocidad y dejando a Miyuki muy aconplejada por el grosor de sus piernas. Nunca se le había ocurrido que fueran especialmente gordas. Pensaba que eran normales.

Hubo un tiempo en que la habría exasperado que le preguntaran si sabía la velocidad máxima conocida de un tren de alta velocidad japonés con un margen de error de quince kilómetros arriba o abajo. Le crispaba que la gente asumiera que lo sabía todo sobre Japón y que estaría encantada de hablar del país, de debatir largo y tendido sobre sus costumbres y su cultura. Le había pasado muchas veces cuando estaba en la universidad, y con frecuencia acababa diciéndole a la gente que aunque su padre fuera japonés no había llegado a conocerlo y que su madre era galesa y se había mudado de vuelta a su tierra cuando estaba embarazada de cinco meses. Ella no había pasado tiempo alguno en Japón desde que estuviera en su vientre. «Fui un feto de Osaka — declaraba haciendo encogerse de ver-

güenza a quien le había preguntado —, y eso es todo. Soy tan japonesa como el pan de algas».

Gradualmente, sin embargo, empezó a reconocer que sentía una pequeña conexión con aquel país. Aunque sus padres se hubiesen separado antes de que ella naciera, y no supiera casi nada de su padre, su madre le había puesto un nombre japonés y eran los genes de su progenitor los que había heredado en mayor medida, al menos en lo que concernía a su aspecto. Tenía ojos de japonesa, complexión de japonesa y color de japonesa. No parecía coreana, filipina, china o vietnamita, y tampoco de un sitio indeterminado del este de Asia. No había forma de eludirlo: tenía pinta de japonesa.

En la universidad, los estudiantes japoneses se le acercaban y le hablaban en su propia lengua y ella les decía: «Lo siento mucho, pero no sé de qué me hablas». Tras una breve y confusa conversación, los veía alejarse y se preguntaba, sólo por un instante, si se habría tratado de un primo o incluso de un hermanastro o una hermanastra.

Con el tiempo, empezó a comprender a quienes le hacían esas preguntas. Llegó a la conclusión de que si la gente quería hablarle de Japón, no había razón para que no lo hiciera. Había llegado a entender que todo el mundo tiene que encajar de una forma u otra esa clase de charla intrascendente. Los ayudantes de veterinario que tratan de relajarse en compañía de otros se ven atormentados por interminables relatos verídicos sobre loros decrepitos, tejones liados y caniches con heridas supurantes; los fontaneros se encuentran con que, en su día libre, los compañeros de copas les hacen preguntas larguísimas sobre válvulas de flotación y llaves de paso; y los empleados de funerarias, al revelarles su profesión a gente que acaban de conocer, se ven obligados a soportar cabezas gachas y silencios reverentes

seguidos de murmullos horriblemente sinceros sobre lo terrible que es todo ese asunto de que alguien fallezca. No estaba sola ni mucho menos, y a veces se encogía de vergüenza al encontrarse haciéndole a la gente las mismas obvias preguntas que debían de hacerles constantemente. Sentía un nudo en el estómago y se le retorcían los dedos de los pies de puro bochorno cada vez que se percataba de que al aferrarse a esa charla banal había cruzado a la otra orilla y la conversación anquilosada era culpa suya.

Cuando leyó, para su disgusto, sobre la existencia de un plato japonés más o menos idéntico al pan de algas, supo que al fin le había llegado el momento de aceptar su cruz y de encontrar algunas de las respuestas a las preguntas que tan a menudo le hacían. Empezó a ver películas japonesas de arte y ensayo, filmes de terror y animación y documentales de televisión sobre la vida en Tokio, las geishas y las secuelas de Hiroshima. Se llevó guías de viaje y libros ilustrados en préstamo de la biblioteca y le pidió cómics de manga a su madre por Navidad, y leyó obras de Haruki Murakami, Yukio Mishima y

Banana Yoshimoto. Acabó por acumular unos conocimientos bastante amplios y hasta descubrió que su prolongada y cuidadosamente cultivada indiferencia hacia el país se había visto reemplazada por un genuino y moderado interés, de manera que cuando la gente le hacía preguntas sobre cosas relacionadas con Japón ya no gastaba energías en sentirse ofendida sino que la abrumaba en cambio con información histórica, cultural y geográfica básica. Si no conocía la respuesta, se ocupaba de averiguarla y ponerse de nuevo en contacto con ellos. Se aprendió la altura del monte Fuji, los nombres de las grandes ciudades y las islas principales, los componentes primordiales de la dieta de un luchador de sumo, la temperatura ideal del sake y los núme-